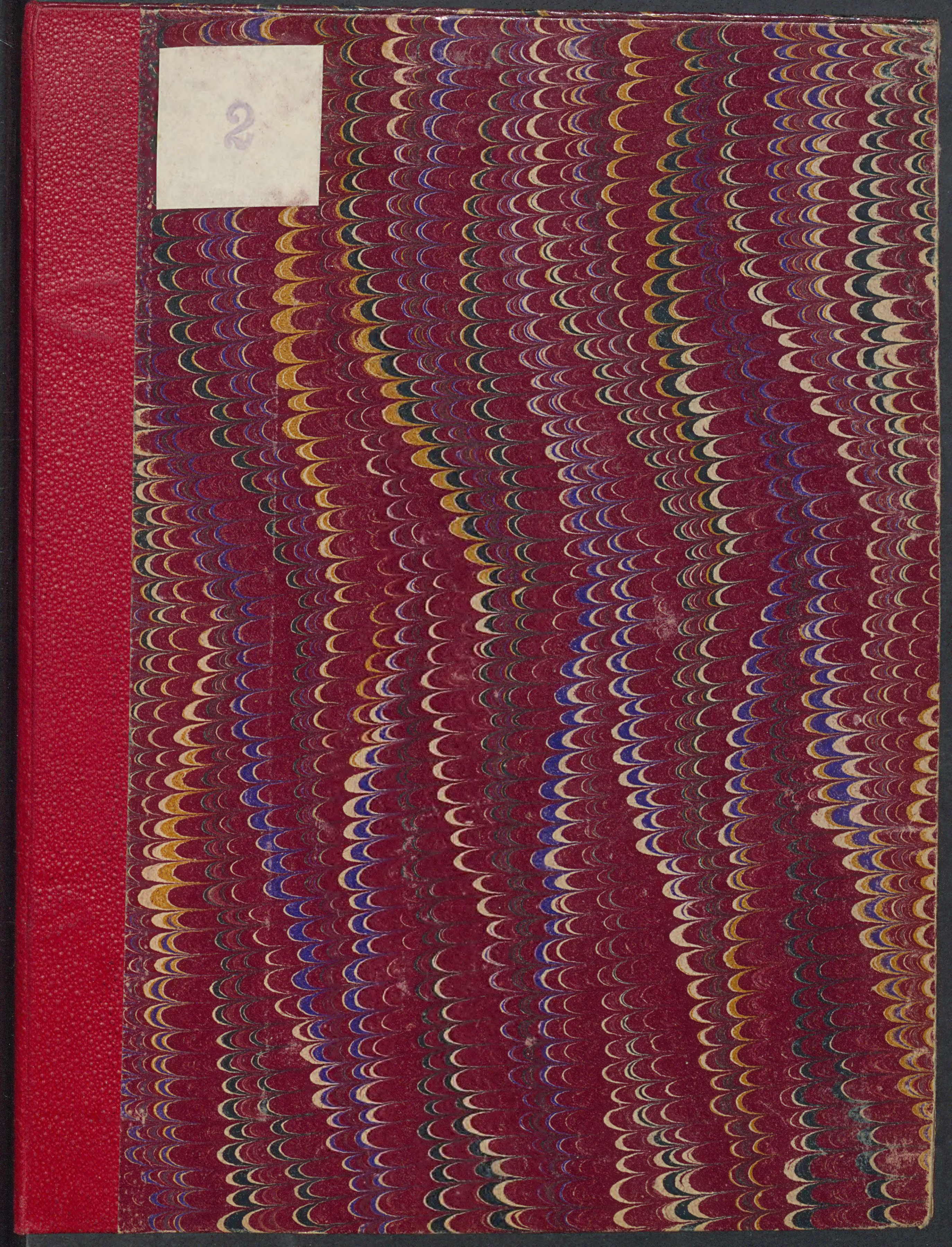
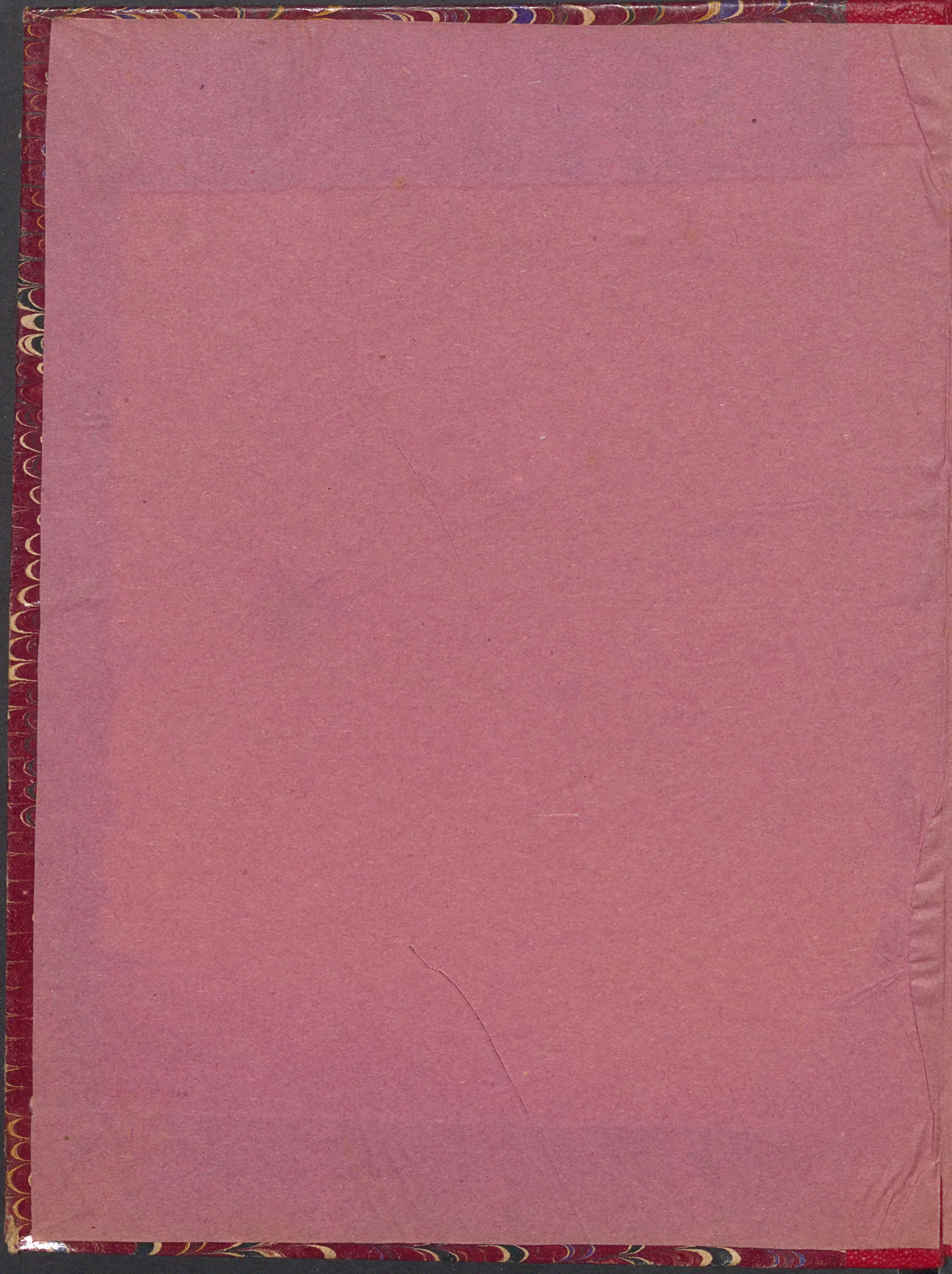
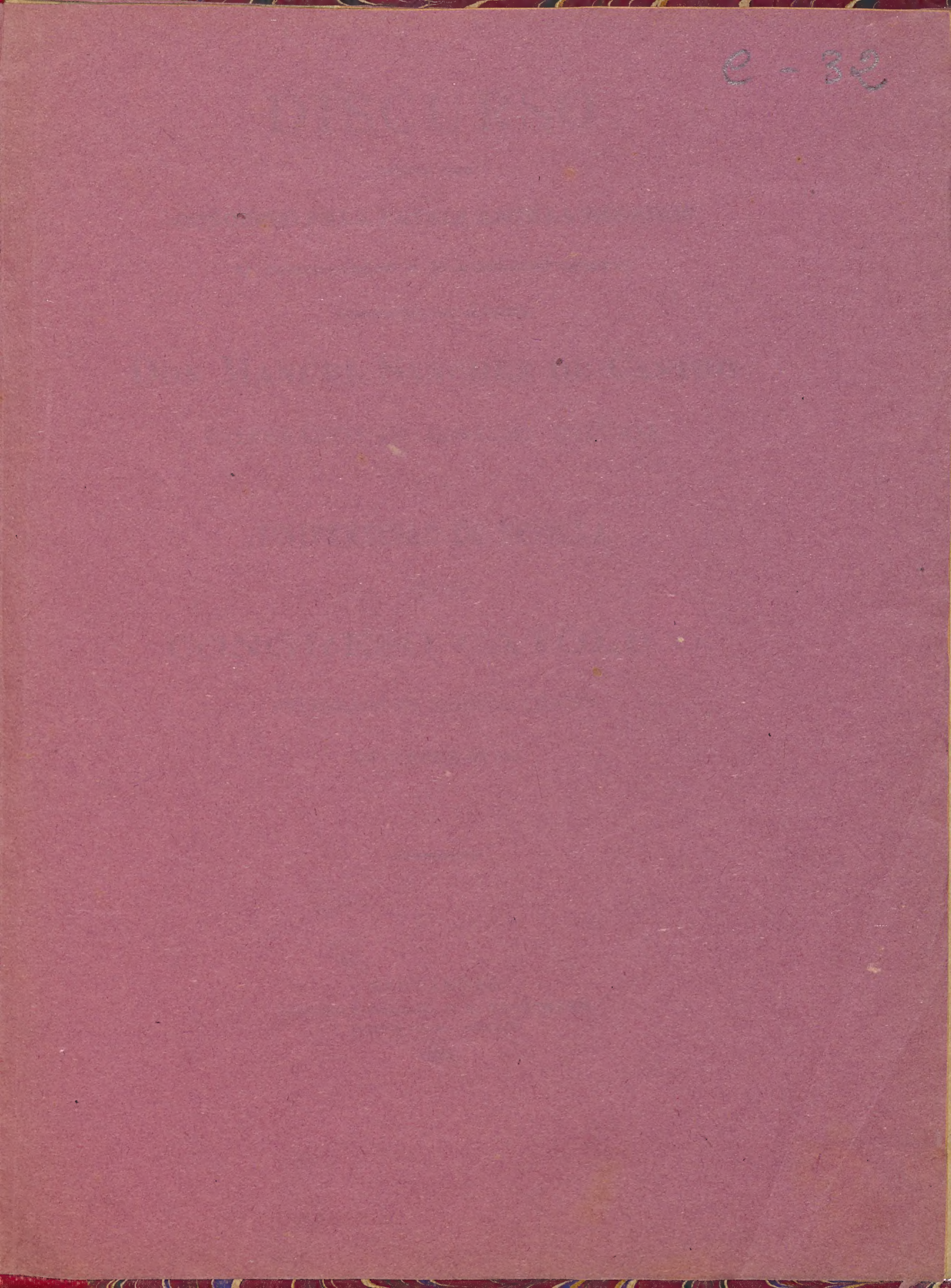

2




C - 32

# DISCURSO

sobre el tema

«CONCEPTO DE LA PATRIA ANTE LA RELIGIÓN

Ó RELIGIÓN Y PATRIOTISMO"

pronunciado por el Doctor

## DON MANUEL SANCHEZ DE CASTRO

CATEDRÁTICO DE DERECHO NATURAL

DE LA

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

EN EL

CONGRESO CATÓLICO

CELEBRADO EN AQUELLA CIUDAD

EN OCTUBRE DE 1892.

---

SANTANDER
Imprenta y litografía de L. BLANCHARD,
CALLE DE VAD-RAS, NÚMERO 3.

1892.

# DISCURSO

sobre el tema

«CONCEPTO DE LA PATRIA ANTE LA RELIGIÓN

Ó RELIGIÓN Y PATRIOTISMO»

pronunciado por el Doctor

## DON MANUEL SANCHEZ DE CASTRO

CATEDRÁTICO DE DERECHO NATURAL

DE LA

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

EN EL

CONGRESO CATÓLICO

CELEBRADO EN AQUELLA CIUDAD

EN OCTUBRE DE 1892.

SANTANDER
Imprenta y litografía de L. BLANCHARD,
CALLE DE VAD-RAS, NÚMERO 3.
1892.



## Excmos. y Revdmos. Sres.: (1)

SEÑORES:

Con delicado acierto ha querido el Congreso católico reunido en Sevilla convertir un instante su atención hacia uno de los más hondos y dulces sentimientos del alma del hombre: el amor á la Patria. Una tradición de oro recordará siempre á esta ciudad el patriotismo de sus hijos, que en los albores de la España católica supieron luchar y morir por su fé, inaugurando la gloriosa Monarquía nacional con un príncipe mártir cuya sangre, transfundida en el Trono de Recaredo, formó una sola nación y dió una sola patria á dos pueblos antes enemigos. *(Grandes muestras de aprobación.)*

Tribuna á propósito para dilucidar el tema que todos conocéis y dejo indicado, ofrecen en nuestra España, tan noble como heroica y tan heroica como creyente, todos los pueblos y regiones sin distinción. En los picachos de Asturias, como en los llanos de Castilla; junto al Pilar de Zaragoza, como en la gruta de Montserrat; al Oriente en la ciudad de «mío Cid», como al Occidente en la cuna de María Pita; en Fitero, como en la Rábida: en todas partes, en montes y santuarios, en ciudades y aldehuelas, alcázares y conventos, cuán bien resonáran los nombres de Patria y Religión, fé y patriotismo; y cuán genuino concepto se formaría de las ideas que entrañan y de los vínculos que las unen, con sólo ir evocando los recuerdos de otras edades en que se ofrecían unidas y compenetradas como hipostáticamente, formando un impulso único del alma de nuestros mayores los cuales supieron trocar la sangrienta daga del combate en broche de que pendiera á las puertas de ciudad infiel la más dulce invocación

(1) Los Rvmos. Prelados que presidian el Congreso.

de nuestras plegarias, y dieron á las piadosas campanas, que congregan al pueblo cristiano en los altares, acentos de guerra y exterminio contra huestes invasoras. *(Grandes aplausos.)*

Mas, reconocido esto, otra vez afirmaré que ha sido grande y delicado el acierto del Congreso católico al formular en Sevilla el tema de la Patria. Recordad vosotros las glorias de esta ciudad y de las hermosas provincias de que es metrópoli insigne; tened presente que esta tierra, codiciada por todos, ha sido el teatro de las grandes crisis de la patria, desde las inmigraciones extranjeras de los navegantes fenicios, á las no menos extranjeras inmigraciones del constitucionalismo moderno. *(Aplausos.)* Y si el lugar en que nos hallamos reunidos no es la montaña en que el guerrillero arenga á su hueste, ni la hostería del monasterio, donde el fraile conforta á los soldados y á los peregrinos, es, notadlo bien, un templo consagrado al Salvador, al Deseado de las naciones, á Aquel que no sólo sembró las virtudes sobrenaturales en el corazón humano sino que consagró y perfeccionó y sublimó las virtudes cívicas; Aquel que al abrir sobre la frente del hombre las puertas del cielo, iluminó con luz inextinguible la tierra patria é hizo verdaderamente fecundo el amor que con ella nos une. Y si en el auditorio no descuellan lorigas ni lanzas, sino rojas y moradas túnicas sobre cada una de las cuales resplandece una cruz, en esas túnicas y en esas cruces están las piedras que forman los muros de la patria y las fuentes del patriotismo en las sociedades civilizadas: pues ellas convirtieron al tirano en padre, al siervo en ciudadano, á la esclava en esposa; ellas reunieron las familias y se colocaron al frente de los Municipios, y, elevándose sobre la cima de las naciones, bautizando á los reyes é inspirando los Códigos, dieron patria al vencedor y al vencido, y con su palabra alentaron las grandes empresas de los pueblos, ya que no les sirvieran de guías y de capitanes, siendo los primeros en luchar y morir por su causa. *(Entusiastas aplausos y aclamaciones.)*

Lamentad que el Congreso católico no haya tenido igual acierto al designarme á mí para hablaros, aunque por breves instantes, de tan hermoso tema. Tal vez la Junta organizadora tuvo presente que en el primer Congreso católico de Madrid, la primera voz que resonó defendiendo los derechos de la Iglesia fué la del hermano querido que muchos de vosotros oísteis y aplaudísteis con entusiasmo, pero que ¡ay! ya no volverá á resonar. Sólo así me explico, y sólo por eso he aceptado la designación con que se me honra; mas permitid que

mi corazón, lleno de nubes de tristeza ante este recuerdo que me asalta, os pida una oración para Francisco Sánchez de Castro al demandaros benevolencia para mí. *(Sensación profunda y nuevos y entusiastas aplausos.)*

Que bien la necesito: pues, aún prescindiendo de mi flaqueza y de la angustia del tiempo de que he podido disponer, considero yo inefables las ideas de Patria y de patriotismo. Los sentimientos universales son intuiciones verdaderas, y vano es pretender que la fría razón los analice y depure. Esos sentimientos constituyen parte de nuestra vida, y la vida es un misterio que Dios, su autor, ha querido ocultar á las miradas de la ciencia humana. Por eso la idea de la Patria, sentida por todos, comprendida por todos, no ha podido ser analizada con éxito científico por ninguno; por eso el patriotismo no ha dado filósofos á las naciones, sino héroes y poetas; y los enemigos suyos no han conseguido con sus disertaciones el calificativo de sofistas, sino el demagogos. *(Aplausos.)*

En nombre de ideales altísimos, falsificados ó mal comprendidos, rompiendo el universal concierto de todos los hombres, que nos ligamos á la patria con entrañable amor y la veneramos como á imagen grandiosa de la madre que nos dió el sér, hánse levantado de siglo en siglo filósofos y reformadores que borran del código de la naturaleza los deberes para con la patria, y distienden las fibras del corazón hasta el punto de querer abarcar en él, con sus solas fuerzas y con todas sus fuerzas, á todos los moradores del globo terráqueo, sin perjuicio de dejar todavía hueco para los habitantes de la luna y de los planetas descubiertos por la moderna astronomía. *(Risas y grandes aplausos.)*

Ya es el orgulloso estoicismo el que por boca de Séneca presume arrasar las fronteras, invocando en su apoyo el delirio panteístico de que el espíritu del hombre recorre, como el de Dios, la inmensidad, y asignándole como única patria todo este mundo en que están todas las cosas humanas y divinas; ya es el comunismo el que, quemando incienso ante su falso ídolo de la igualdad de los hombres, quiere también que renunciemos á la patria para llamarnos, como Anachársis, ciudadanos del Universo; ya es, en fin, el partidario de la pséudo-fraternidad universal, plágio ridículo de la fraternidad cristiana, el que aspira á que todos, dando al olvido la tradición y la historia y echando por tierra las murallas de nuestras ciudades y los

dioses de nuestras aras, formemos un solo pueblo, una sola familia, un solo hogar; pero un pueblo sin más vínculos que ese amor farisaico que llaman filantropía; una familia sin padre, y un hogar apagado y yerto. *(Grandes aplausos).*

Palabra hermosísima, el cosmopolitismo, tal como lo entienden esos visionarios, no se ha escrito para la pequeñez del humano corazón, pedazo de tierra en que suspira un alma inmortal y que, si tiene grandes alientos, tiene aún más cortas las alas. ¿Habrá algún corazón humano que esté satisfecho de sí mismo? ¿Qué santo creyó nunca que amaba lo bastante á Dios? ¿Qué padre no sufre cada día nueva hambre de amor á sus hijos, y qué hijo no siente alguna vez la pesadumbre del desamor en que juzga tener á sus padres? Insigne locura, pues, la de los que pretenden aniquilar las jerarquías del amor, y fiando en las solas fuerzas del pobre corazón humano, le impelen con igual empuje en todas las direcciones y á todos los ámbitos del Universo, haciéndole saltar por encima de la fé que lleva en sus entrañas, por encima de la casa paterna donde nació, y por encima de los linderos de la sociedad que ampara sus derechos sagrados. *(Nuevos y prolongados aplausos).*

Además, esta obra titánica, en lo que tiene de realizable, háse cumplido ya y seguirá cumpliéndose hasta su plena consumación; pero no ciertamente por la virtud del corazón humano nacido de la tierra, sino por la de un corazón divino bajado del cielo: en el cual y por el cual ya no hay griego, ni bárbaro, ni romano, ni judío, sino que todos somos parte de una misma familia; y en el cual y por el cual, perfectísimo y único modelo de corazones cosmopolitas, todos los que viven unidos á él reciben las corrientes del mutuo amor; amor intenso y vivo y eficaz y grande que, sin oscurecer ninguno de los anhelos del alma, enlaza con dulces vínculos á todos los hombres á través de los mares y de los desiertos, por encima de los siglos y aún más allá de la muerte. *(Aplausos ruidosos y aclamaciones entusiastas).*

Este, y no otro, es el verdadero cosmopolitismo, el único posible que en nada se opone ni destruye el vivo amor de la patria. Si conquistadores ó pueblos aspiraron alguna vez á la Monarquía universal, la historia nos dice cuán mezquina y deleznable fué su obra: «Salomón—repetiré yo las palabras de Tertuliano—reinó, pero en los confines de la Judea; Darío reinó sobre los babilonios y los partos, pero no más lejos; Faraón únicamente en Egipto; Alejandro no ocupó jamás el Asia entera. Así también, los germanos, los bretones, los ga-

los, los suevos, los romanos, tuvieron límites en su imperio. Pero el nombre de Jesucristo y su reino se extienden por todas partes; por todas partes se cree en Jesucristo, todas las naciones le honran, reina por todas partes y es adorado. Es para todos Rey de todos, Juez de todos, Dios y Señor de todos, y su reino es eterno, su reino no tendrá fin.» *(Grandes aplausos).*

Podrán los divinizadores de la humanidad, los igualitarios absolutos, los cosmopolitas de todos géneros escribir retóricos discursos de apariencia deslumbradora, intentando persuadir á los hombres de la belleza de las teorías que destruyen el amor patrio en aras del humano linaje; pero se perderán en el vacío y se estrellarán contra el indestructible *non possumus* de la naturaleza. Grito que se va repitiendo de región en región, no ya por el político que aspira á remontar los altos puestos de la República ni por el guerrero espoleado por el afán de gloria, sino por el oscuro recluta que sabe morir entre los hielos del Beresina y entre los inclementes ardores de Cuba, y por esos infelices ejércitos de emigrantes que, no hallando abrigo en la Patria, debieran maldecirla, y acaso, acaso la maldicen con los labios; pero que, lejos de sentir odio hacia ella, al poner la planta en el bajel, á medias negrero, que los conduce á mundos oceánicos donde habitar soñados paraísos, llevan en los ojos todos los amargores del mar, condensados en las lágrimas con que miran por última vez la tierra nativa; y, ó vuelven pronto, como atraídos por corriente galvánica, ansiosos de gozar en la paz de sus lares el fruto de sus trabajos, ó echando de menos el eco de las campanas y las dulces notas de los cánticos populares que oyeron en la niñez, sucumben allá con la indefinible muerte de la nostálgia, sólo comparable á la del avecilla que siente estrujado el corazón por la misma dura mano que la arrancó del nido. *(Entusiasmo y grandes aplausos).*

Pero ¿qué es la Patria, preguntaré yo ahora, cuando tales maravillas produce? ¿No será la Patria para el hombre, algo más que para el arbol que esparce sus gérmenes en una sola región, perdiendo el vigor y la lozanía cuando se trasplanta? ¿No será la patria para el hombre algo más que para la golondrina que siempre torna á ella á construír los nuevos nidales? ¿No será algo más que para el león que nunca abandona su madriguera, ó el camello que, tras penosa jornada por los eriales del desierto, siente nuevas energías y apresura el paso al percibir los lejanos perfumes de la Arabia? «¿Qué cosa es—repetiré con el insigne P. Félix—lo que principalmente amamos en el fondo de la

realidad significada por aquella palabra? ¿Es el agua de las fuentes? ¿la onda de los ríos? ¿el verdor de los prados? ¿las espigas de la campiña? ¿el suelo en que dimos nuestros primeros pasos? ¿el cielo en que tendimos la primera mirada?».... Cree el gran orador resuelto el problema atendiendo á que la patria es el lugar donde tuvimos un padre: y nada tan hermoso ni verdadero como sus elocuentes consideraciones, con las cuales no sería difícil armonizar las de otros tratadistas que definen la patria ora como el territorio cuyos habitantes son ciudadanos de una misma República, ora como la misma sociedad civil de que depende nuestro bienestar. Y á ser este recinto el de un aula ó el de una Academia, llegado era el momento de pronunciarnos por alguna opinión de las innumerables que pueden registrarse sobre tan bello asunto. Mas, admítase la que se quiera, debe ser la Patria un bien inapreciable y muy digno del amor del hombre y de los sacrificios de que por ella están llenas las páginas de la historia. Debe ser, ya que no la divinidad que adoró el paganismo, una realidad maravillosa, pues tiene poder para unirnos con encanto á este mundo, á pesar de que este mundo sólo es, como dice el admirable Granada, «tierra estéril, campo pedregoso, bosque lleno de espinas, prado verde y lleno de serpientes, jardín florido y sin fruto, río de lágrimas, fuente de cuidados, dulce ponzoña, fábula compuesta y frenesí deleitable.» Debe ser la Patria un don especialísimo que procede del mismo Dios y sirve á los amorosos y ocultos designios de su Providencia: porque Dios, al disponer la gran obra de su bondad infinita, si escogió una Madre para su Hijo, escogió también una patria para su pueblo, llevándole á ella á través del desierto entre prodigios y asombros: y porque El, ante el crimen más horrendo que empaña la historia de las naciones, ante la muerte de su propio Hijo, no pudo encontrar en los formidables Tabernáculos de la justicia eterna adecuado castigo, sino arrancando de la patria al pueblo deicida *(frenéticos y prolongados aplausos interrumpen al orador);* pueblo triste y malaventurado que, á diferencia de otros que fueron heridos por la cólera divina,—los cuales ó se desvanecieron mezclando su sangre con nuevas naciones, ó perecieron con gloria, enterrando á sus ídolos en sus propios sepulcros,—consérvase intacto con sus sinagogas, sus ritos, sus leyes y costumbres; sin poder aspirar al consuelo de morir; sin haber podido divisar tierra en diez y nueve siglos de borrascosas navegaciones por los mares de la historia, y suspirando por la Patria, mas no como las vírgenes de Sión cuando, sentadas en las márgenes

de los ríos de Babilonia, derramaban lágrimas, colgando las liras en los sáuces de aquellas riberas y esperando el fin de su cautividad, sino como el titán rendido, que forcejea en vano por escalar el cielo. *(Entusiastas y prolongados aplausos.)*

Elocuente y profunda lección pudiera deducirse de este hecho maravilloso para enseñanza de Gobiernos y ciudadanos. Cuando Roma sojuzgó á los panonios, no quemó, apartándose de sus costumbres, las armas del pueblo vencido: arrojólas á la corriente de las aguas para que los demás pueblos que vivían á orillas del Davre, del Savo y del Danubio conocieran su espléndida victoria. Así la providencia de Dios ha arrojado á la corriente de los siglos los despojos de la patria hebrea, que se apartó de Él, y esperará acaso paciente y misericordioso á que, contemplándolos las naciones que los ven pasar, corrijan los propios extravíos y piensen que Él es «el que multiplica las naciones y el que las lleva á la ruina, y destruídas vuelve á restaurarlas», y tiene para los pueblos que le olvidan la amarga pena del destierro. *(Aplausos.)*

¡Quién me diera grabar tan elocuentes enseñanzas con imperecederos caracteres en las naciones modernas! Porque al lado de los que franca y abiertamente quieren destruír la Patria en nombre de eso que apellidan «la humanidad», escúchase el inaudito clamoreo de políticos de nuevo cuño que, sin confesarlo, quieren también destruírla en nombre de eso otro que llaman «la conciencia». Diciéndose defensores de la unidad nacional, cuyo espíritu invocan como primaria y única fuente de derecho público, y enorgulleciéndose con el dictado de grandes patriotas, intentan borrar el sagrado lema en que el mundo antiguo comprendió la idea de la Patria, y en lugar del sublime «*Pro aris et focis*», glorioso estandarte de las grandes empresas é incomparable oración fúnebre de los héroes, ponen este otro «Por la unidad nacional y por la razón de Estado», negro pendón de los grandes crímenes de las naciones, y tristísimo epitafio del verdadero patriotismo. *(Aplausos ruidosos.)*

La unidad, la razón de Estado y cualesquiera otros motes ideados para simbolizar el patriotismo, aunque no significáran el aniquilamiento de la Religión y de la familia, serían siempre inarmonizables con nuestra naturaleza y, por lo tanto, infecundos. No es el hombre inteligencia pura que se mueva por conceptos abstractos, cuyo sentido no puede penetrar; y abstractos son é indescifrables para las muchedumbres, y acomodaticios para los que las pregonan, la unidad

nacional y la razón de Estado. La Religión y la familia son en cambio realidades concretas, y responden á los dos primeros y fundamentales sentimientos del corazón, que si ama á los padres por ley de la naturaleza, por ley de la naturaleza también es religioso y, más que religioso, cristiano. En la familia, donde recibimos el sér natural, y en el templo, donde recibimos el sér sobrenatural, hallamos los elementos de toda nuestra vida. La sangre de la familia, circulando por nuestras venas, mueve nuestro pecho, y la fé de nuestros padres, circulando por nuestra alma, informa nuestras aspiraciones. Junto á las moradas domésticas levántase la parroquia que las comunica unidad, cobijándolas como la gallina á sus polluelos, y dando sombra á las sepulturas de nuestros mayores. Suprimida la familia, habráse roto la cadena sensible que dulcemente nos aprisiona al suelo patrio. Suprimida la Religión, Patria, familia, todo habrá caído en los anárquicos horrores del naturalismo. Con la Religión, diré ahora contestando las preguntas del P. Félix, es amable la luz del cielo de la patria, porque esa luz que alumbra nuestros pasos es símbolo de la luz increada que ilumina nuestra mente. Con la Religión es amable la onda de los ríos de la patria, porque sus aguas cristalinas, que sirven para apagar nuestra sed, son las mismas que, humedeciendo nuestras frentes, nos incorporaron al cuerpo místico de nuestro Redentor. Con la religión son amables las espigas de la campiña de la patria, porque su fruto, que sustenta nuestro cuerpo, es el mismo que, convertido en pan celestial, sirve de sustento á nuestro espíritu. Por esto la Religión es el centro en que convergen los amores de la patria. El proscripto que vuelve y siente dulce emoción al divisar de lejos el humo de las chimeneas de la patria, siente aún más inefable delicia al ser heridos sus ojos por el brillo de las cruces de los santuarios: porque aquellos hogares, donde ya no le conocen, estarán cerrados para él, y el suyo ¡ay!, acaso vacío; pero no así el templo, cuyas puertas jamás se cierran al que llama. Tal vez aquí está la razón por la que el pueblo judío, que tiene familia y hogares, eterno desterrado, vuelve las miradas á Jerusalén y, como el hidrópico en la fuente, las clava sólo en el erial donde se elevó su templo, del que no quedó piedra sobre piedra, y diera toda la sangre de sus hijos y todos los caudales de sus banqueros por levantarle otra vez. *(Estrepitosos y continuados aplausos)*.

No hay palabras para execrar la conducta de los que ensalzan el amor patrio, declarándose enemigos de la Religión, ni inteligencia que pueda comprender la monstruosidad de sus doctrinas. Los com-

batientes de Homero pedían á Júpiter la suprema gracia de morir por la patria bajo el hierro enemigo á la plena luz del sol. Estos nuevos combatientes, cuya *Iliada* van escribiendo ellos mismos con luto y ruína, piden tal vez á sus divinidades la gracia, suprema también, de asesinar á su patria con el hierro enemigo, entre tinieblas espantosas. *(Aplausos).*

Tinieblas y solo tinieblas y muerte enemiga ofrecen á su patria los que, insultándola diciéndose sus defensores, aplican á ella la segur para separarla del arbol vivificante de la Religión, y con el velo de la duda, de la indiferencia y de la impiedad, ocultan á sus miradas la esplendorosa luz de la fé. Quieren la unidad de los ciudadanos en un solo espíritu nacional, y para ello distribuyen las razas ó clasifican las lenguas, y procuran, ¡insensatos! que dentro de una patria común aliente el odio y la confusión de religiones, infinitamente superiores á todos los odios de raza y á toda confusión de lenguaje. Buscan linderos en las vertientes de las montañas, en los cauces de los ríos y en las costas del mar, y no temen extender de frontera á frontera el desierto de la impiedad ó las infranqueables rocas y los profundos abismos de la diversidad de cultos. Piden respeto para las leyes, y borran de las leyes el santo nombre de Dios,—con que las encabezaron los legisladores de todos los pueblos,—para que aparezcan sólo como caprichos del que dispone de la fuerza. Reclaman veneración para los gobernantes, y raen de la frente de los gobernantes el óleo bendito, con que los ungía la mano del sacerdote, para que se muestren solo como funcionarios de más pingüe retribución. Y exigen, por último, que el ciudadano sacrifique sus bienes y su vida en defensa de la patria, cuando la patria ya no tiene nada que defender, aventada la familia por el vendabal del divorcio y amancebada la libertad con la mentira; y cuando, sin fé en una justicia infinitamente remuneradora, queda solo para recompensar al heroe una fosa común en los campos de batalla, y el olvido. (*Entusiastas aplausos y aclamaciones*).

¡Ay de la patria! ¡Ay del patriotismo que arranca de su corazón la sacrosanta fé, y del pecho del soldado el escapulario bendito que una madre le entregó con el beso de despedida! La nación gloriosa por su amor á los hombres bailará el can-can mientras los cañones extranjeros bombardean los hogares vecinos, y los vencedores en gloriosas jornadas venderán sus inmarcesibles trofeos por vergonzosas capitulaciones. *(Estruendosos aplausos).*

Permitidme que, en gracia á la brevedad, omita, aunque la

naturaleza del asunto las requiera, las sentencias de la sabiduría eterna, y las de la prudencia humana, que desde Jenofonte y Plutarco á Maquiavelo y Thiers, desde Platón y Cicerón á Napoleón el Grande y á Burke, ponen la salud de los pueblos en las ideas religiosas; y que prescinda también de la historia, en que el dedo de Dios ha trazado para las gentes, aun para los que no le conocían, el esplendor ó la miseria en la misma línea de la fé y de las prevaricaciones. Sirva por todo el ejemplo de esta España ilustre, potente y vigorosa cuando se ampara á la sombra de los Concilios de Toledo; cuando se reune en la cueva de la Virgen de Covadonga; cuando se postra de rodillas en Compostela ante el luminoso sepulcro de Santiago; cuando Arzobispos como D. Rodrigo siembran y recogen los alientos patrióticos y conducen los ejércitos al triunfo de la santa Cruz; cuando se sientan en el Trono Reyes Santos y Reinas Católicas que conquistan reinos y mundos, y levantan, para campamento de sus tropas, ciudades á la Santa Fé; cuando recibe con júbilo, como leyes propias, las decisiones de Trento, y vencedora en cien combates, arranca montañas de granito para construir el Escorial; cuando sigue las inspiraciones del canónigo Llano Ponte en Oviedo, del Obispo Menéndez de Luarca en Santander, del Obispo de Laodicea y el P. Manuel Gil en Sevilla, y de los Franciscanos Fr. Juan Martín y Fr. Pedro Rico en Valencia, y vence al coloso del siglo. Y vedla, en cambio, cuán oscura, débil y enfermiza la han puesto los vientos revolucionarios, que, al pasar por ella, se han llevado consigo tantas y tantas riquezas del inmenso tesoro de fé que la legaron nuestros padres; tesoro que por la misericordia de Dios no se ha agotado, ni se agotará jamás, garantizando así á esta destronada Reina del mundo, que jamás le faltará tampoco el amor, el patriotismo de sus hijos. (*Entusiastas aclamaciones y aplausos prolongados.*)

¿Y qué extraño que la grandeza de la patria y de la fé caminen unidas en indisoluble consorcio? La Iglesia católica, á cuya sombra viven los pueblos, no es el mentido templo de Delfos, donde se reunía la liga anfictiónica, representación del espíritu nacional en Grecia, sino el único verdadero templo del único verdadero Dios; y la cruz divina, grabada en el pecho de los ciudadanos, no es el escudo de Marte, falso y voluptuoso y sangriento, que custodiaban los sacerdotes sálios, sino el foco y resumen de todos los amores y de todos los sacrificios, germen de héroes y de mártires. *(Aplausos.)*

Voltaire, el mismo Voltaire confiesa que el paganismo pudo te-

ner las virtudes cívicas, pero no las virtudes cristianas; y quien dice virtudes cristianas, dice virtudes más que humanas, porque en verdad son virtudes divinas. Y uno de nuestros poetas populares, recordando las

«Santas cruces
Que alzaron nuestros abuelos
Desde el pueblo á la colina
Que se alza á orillas del pueblo,»

y lamentándose de que fueran cayendo poco á poco, no pudo menos de exclamar que, sumando las cruces echadas por tierra, podría saberse

¡Cuántas virtudes cayeron!

En la vida de las naciones, cuya substancia es la virtud del patriotismo, también podríamos ir contando las cruces caídas para averiguar el número de los falsos patriotas: que por mucho que los sofistas se esfuercen en confundir las lenguas, así como media infinita distancia entre la civilización cristiana y las otras civilizaciones, así es también infinita la distancia entre los patriotas cristianos y los que no lo son; los cristianos se llaman Guzmán el Bueno, Scanderbeg, Bragadino y Juana de Arco, y los que no lo son tienen, por no citar otros, tristes modelos en los recientes anales de la *Commune* y de la dinamita. (*Grandes aplausos.*)

Todos reconocen que á formar el espíritu patriótico contribuyen la historia y la tradición, mediante las cuales vemos un sólo sér de la patria en que nacimos, sin solución de tiempo alguno. Por eso es muy triste que en la época actual modas extrañas minen insensiblemente el amor á la patria; pues es lo cierto que hoy comemos á la francesa, vestimos á la inglesa, filosofamos á la alemana *(frenéticos y prolongados aplausos)* y hablamos á la parisien, sin temer ¡ay! que tal vez en día no lejano busquemos y no podamos encontrar la manera de pelear y de morir á la española. *(Delirantes aclamaciones y aplausos.)*

Pero no hablo yo sólo de esta tradición, ni me refiero sólo á mi patria. Hay una tradición universal para todos los pueblos, en la que debe buscarse la verdadera raíz histórica de la patria y del patriotismo; tradición de amor, tradición divina, tradición perdurable. Al orgullo individual, que prevaricó junto al arbol del paraíso, siguió el

orgullo social, que prevaricó en la torre de Babel. Como el hombre primitivo, sacado de la nada, pensó convertirse en Dios, así el pueblo primitivo, salvo del diluvio, pensó conquistar las mansiones divinas; y así como aquél fué condenado á los dolores y á la muerte, el género humano, que empezaba, vió confundidas sus lenguas; y dividida entonces la tierra, en tiempos de Faleg, según las Escrituras, nacieron las diversas razas y los diversos reinos. ¡Pero qué razas y qué reinos! Así como el individuo llevó á todas partes la corrupción y el embrutecimiento, reato de su culpa, asirios y babilonios y caldeos y scitas, al amparo de divinidades sanguinarias, sembraron por todas partes la desolación y la muerte, trastornando sin cesar los límites de los pueblos en irrupciones devastadoras, hasta que fueron reunidos bajo un solo cetro, y preparados así los caminos de la Redención. Y el Redentor llegó, no sólo para el individuo, sinó para las naciones, escogiendo por trono una cruz, verdadero arbol de la ciencia y cuyo fruto en realidad nos hace semejantes á Dios, y verdadera y única torre que llega hasta el cielo, y junto á cuyos muros, lejos de confundirse las lenguas, todos los hombres entienden un mismo lenguaje. Y el Redentor, que no vino á destruír las obras de la bondad y de la justicia divina, si dejó en el destierro al hombre, hízosele amable, ofreciéndole un paraíso mejor que el perdido; y si dejó divididas las naciones, inoculó en ellas su sangre para que fueran prósperas y civilizadas, y puso en cada una un angel custodio del suelo de la patria, llamándolas al mismo tiempo á unidad más hermosa que la primitiva, depositándolas en el seno de la Santa Madre Iglesia. Ésta es la tradición y la historia divinas y perdurables; éste el maravilloso secreto que se esconde en esa idea inefable que llamamos Patria; ésta la fuerza que á los germanos errantes en sus bosques supo fijar en el suelo de Europa, vigorizando con su sangre virgen las muertas energías del prostituído Imperio; ésta la fuente de tantos heroísmos inexplicables que la historia registra; ésta la razón que entre el clamoreo de calumniadores ó de invasores hizo brillar en boca de Atenágoras, Tertuliano y San Agustín, la rotunda afirmación de que solo los cristianos amaban la República; ésta la poderosa corriente que puso en la cima de la historia la celestial figura del Papa y movió los brazos con que el Vicario de Jesucristo calma el flujo y reflujo y las oleadas de los pueblos, aún más formidables que las de los occéanos; y ésta, en fin, la inspiración que anima hoy la voz augusta de León XIII, cuando, ol-

vidando ingratitudes en unas, abandono y espantables alevosías en otras, y frialdad é indiferencia en todas, se dirige á las naciones católicas, á España, á Francia, á Bélgica, á Italia, y hablando á sus hijos con amor de padre y alientos de soldado, á todos les denuncia los males que afligen á la respectiva patria, y con la tremenda autoridad de Dios les pide que luchen por ella, dibujando en admirables Encíclicas el tipo de los verdaderos ciudadanos y los hermosos frutos del verdadero patriotismo.—*He dicho.*

*(Entusiastas aplausos y aclamaciones que se prolongan durante algunos minutos. Prelados y Congresistas felicitan calurosamente al orador.)*

A. M. D. G.


UNIVERSIDAD DE SEVILLA
600986650
Biblioteca
UNIVERSIDAD D SEVILLA

